

# Crónica del dominador de plasma

Javier Bravo



Image not found.

# Capítulo 1

La tormenta que con tanta expectación estaba esperando finalmente hizo su arribo con bombos y platillos una fría tarde de junio, y no me tomó en absoluto por sorpresa. Llevaba semanas aguardando por aquel clima que caprichosamente se había hecho esperar, como si supiera que era la invitada de honor a la fiesta que le tenía planificada con lujo de detalles. Aún con la ansiedad que en esos momentos me abordaba, tuve ciertos sentimientos encontrados al momento de abandonar la casa en ruinas que me sirvió de refugio durante el periodo de espera. Y es que tal lugar, a veinte kilómetros de la ciudad de Coihayque, antaño espléndida y llena de gente cálida, era ideal para llevar una vida familiar pacífica y despreocupada. Pero a esas alturas del partido sabía muy bien que eso era asunto del pasado, y reflejo de ello era la misma casa que por años llevaba destruida y abandonada a merced de la naturaleza que con rapidez sepulta bajo su esplendor todo vestigio de estructura humana que intenta imponerse sin éxito en medio de sus entrañas.

Estuve frente al umbral de la puerta principal destruida por varios minutos, intentando imaginar qué familia pudo vivir en ese lugar y el motivo de su partida. ¿Fueron forzados a dejarla? Como se habían dado las cosas en el mundo durante los últimos años probablemente sí, y los primeros días refugiado allí intenté buscar vestigios de las personas que recorrieron sus pasillos y adornaron sus paredes ahora agrietadas por una fuerza descomunal y poderosa, comprendiendo de inmediato quienes fueron los responsables de aquello.

Cuando la lluvia comenzaba a caer con furia y los relámpagos iluminaban con flashes constantes el cielo que ya daba paso a la oscuridad de la noche más importante de mi vida, me abrí paso por la llanura que me separaba de las altas montañas sin la menor intención de protegerme del agua que rociaba mi cuerpo, y al poco andar estaba empapado con las ropas más pesadas de lo habitual. La mochila que cargaba sobre mis hombros era lo único que se encontraba bastante protegido de la tormenta y eso era lo único que importaba. A lo lejos se apreciaban los primeros rayos cayendo en dirección hacia un punto en particular a la cima de la montaña, lo que me impulsó a acelerar más el paso para llegar allí. Al cuarto de hora llegué a la ladera de la misma y comencé el dificultoso ascenso a través del resbaladizo terreno habitado por árboles autóctonos que por un momento me sirvieron de soporte mientras realizaba la escalada, pero más arriba el agua comenzó a escurrir con fuerza por entre los grandes troncos arrastrando consigo mucho barro, ramas y hojas que en su conjunto formaban un aluvión que por poco me lleva de vuelta al pie de la montaña. La solución ante aquel obstáculo fue bastante simple (y deseé se me hubiese ocurrido con antelación): arrancar un tronco de uno de los árboles y arrimarme sobre el, para después hacerlo flotar junto conmigo por sobre toda la masa hídrica que

descendía y así llegar hasta mi destino. Todo era más fácil para un homo perfectus como yo (así les denominaron a los de mi clase), aunque siempre creí estar lejos de ser un humano perfecto.

Lo que percibí al momento de llegar a la cima fue un espectáculo de destellos de luz y de explosiones ensordecedoras e irregulares que me obligaron a cerrar los ojos y desviarlos hacia un lado. Debido a la cantidad de brillo que emitía aquella cosa que atraía como un imán a todos los rayos que con furia arrojaba la tormenta, toda la visibilidad que podía tener desde ese punto alto de la accidentada cordillera a la redonda se esfumó, quedando sólo ese fenómeno de la naturaleza y yo inmersos en una vacía oscuridad. Le di mi espalda por un momento y busqué en mi mochila la máscara de soldar que había encontrado en mi camino hacia ahí y que guardé con la esperanza de necesitarla en ese momento. Me la coloqué y funcionó de maravilla, logrando sostener la mirada sobre el fenómeno que tanta fascinación había provocado en mi padre y tanta desgracia había traído a mi familia. Antes de caminar hacia ella me saqué la empapada ropa que llevaba encima, quedando sólo con el traje de goma ceñido al cuerpo que vestía debajo y me enfundé un gorro de goma y unos guantes aislantes con la precaución de que no se mojaran por dentro. Una vez equipado con todo lo que necesitaba inicié la marcha, y cierta resistencia invisible comenzó a empujarme de inmediato hacia atrás, la cual incluso me hizo caer en varias oportunidades de espaldas sobre la piedra húmeda y dura. A medida que acortaba distancia sentía el calor inmenso que emanaba, pero que la lluvia ayudaba a amortiguar un poco y permitía que lo tolerara. Una vez que estuve a unos cinco metros de ella pude ver con claridad de que se trataba: una línea de unos tres metros de largo que de forma vertical se dibujaba en el aire, tan fina como una cuerda de escalar pero muy luminosa, separada menos de un metro del suelo y que era impactada de manera frecuente por los rayos que las nubes sobre mi cabeza le arrojaban en distintos puntos de manera aleatoria. Cuando varios le daban alcance al mismo tiempo esta línea se ensanchaba, abriéndose unos pocos centímetros en el medio. Tal capacidad de apreciar lo que sucedía me terminó por convencer de lo que me dijo mi padre hace tiempo sobre lo que nos permitiría hacer dicho fenómeno cuando estuviésemos listos para usarlo, y por ello me encontraba allí. Y estaba listo, o eso creía.

Tal y como lo ensayé muchísimas veces sobre la azotea del edificio más alto de la destruida ciudad de Nueva York, saqué de la mochila el instrumento que me permitiría atraer a los rayos hacia mí. Era un pararrayos común y silvestre de tamaño pequeño, el que potenciado por la habilidad con la que nací, me crié, me obligaron a perfeccionar y la que finalmente me ayudó a huir del lugar en el que estuve privado de libertad durante años formarían un campo electromagnético lo suficientemente potente para comenzar a atraerlos a todos de manera indiscriminada. Y el resto, solo concentración y despliegue de mis mayores esfuerzos por retener toda esa energía que llegaría a mis manos el tiempo suficiente

para enviarla en su totalidad a ese hilo de luz que me llevaría donde creía poder encontrar a mi padre.

Los rayos comenzaron uno tras otro con escasos segundos de distancia a hacer su aterrizaje sobre el pararrayos que sujetaba con mis enguantadas manos en dirección al cielo. Cada impacto me empujaba con fuerza contra el suelo, y ya al minuto de soportar los embates de plasma me encontraba arrodillado y esforzándome al máximo, como si soportara el peso de algo demasiado pesado sobre mí con mis propias manos, y la fatiga comenzó a abor dame por completo. El calor se hacía intolerable bajo esa capa de goma que me aislaba de la inmensa cantidad de electricidad que estaba sosteniendo en mis manos, y cuando creí que ya no lo soportaría más y perdería todo cuanto había logrado hasta ese momento arrojé con todas mis fuerzas el pararrayo hacia la línea plateada en suspensión con los ojos cerrados, y esperé. De inmediato una descomunal explosión me lanzó hacia atrás sintiendo mi cuerpo volar por varios metros, pero inmediatamente después de creer que caería cerro abajo y posiblemente moriría en el aterrizaje, sentí que dicha explosión comenzaba a hacer todo lo contrario, y me absorbió con la misma fuerza que me expulsó lejos de ella para que unos segundos mas tarde todo se volviera silencio.

Intenté abrir los ojos pero no era capaz, como si mis párpados estuvieran pegados y me prohibieran ver lo que ese silencio traía a su paso. Mi cuerpo se sentía más liviano que de costumbre, e intenté moverlo sin éxito después de muchos intentos. Sólo mi conciencia parecían funcionar, y me entregué a ellos derrotado, creyendo que sólo la muerte había encontrado en esa cima de la montaña, al igual que mi padre tantos años atrás. ¿Qué me hizo creer que un fenómeno como ese podría llevarme a algún lado? ¿Por qué mi papá lo creyó tan fervientemente, y me traspasó dicha convicción a mí con la que crecí y alimenté toda mi vida, y por la que entrené duro tanto tiempo para dicho momento? Sentí decepción y pena, pero por sobretodo desesperanza por no lograr encontrar el lugar que pensé me acogería y me escondería de todos los que intentaban darme caza y aniquilarme en el mundo terrenal. Cuando mi conciencia parecía asimilar la desaparición inminente una voz me sacó del trance. Era grave y calmada, la única dentro de un silencio que parecía el definitivo. <<La voz de la salvación>> pensé.

— Bienvenido —me dijo, y logré por fin abrir los ojos—.

## Capítulo 2

1

Un calor abrumador me hizo volver en si y despertar por completo del trance en el que me encontraba. Estaba de espaldas recostado sobre una superficie plana y dura que parecía moverse, y cuando encontré claridad completa en mis ojos vi un sol brillante que quemaba sin compasión. Me incorporé con dificultad y mire a mi alrededor, vislumbrando un lugar completamente desierto y árido, lo que me bastó para concluir que no me encontraba en el mismo sitio que estaba antes de perder la noción de todo. A lo lejos se veía una cadena de montañas, y la más alta, por su altura y forma se me asemejó a la que poseía aquel fenómeno sobrenatural que atraía a los rayos de la tormenta. Cuando me di la vuelta sentado sobre la plataforma móvil había un sujeto alto y muy delgado, que caminaba derecho y con pasos mecanizados y lentos, cubierto de una túnica desde la cabeza a los pies. Llevaba arrastrando el carro donde me encontraba, uno de metales muy oxidados y a mal traer que chirreaba incesante mientras avanzaba. Delante de él sólo se apreciaban planicies irregulares y cubiertas de polvo amarillento y soledad.

— Disculpa, ¿quien eres? —le pregunté, y la voz que emanó de mis entrañas salió apretada y débil—.

No hubo respuesta. Sólo siguió tirando de la cuerda amarrada al carro, con la mirada hacia delante.

— Oye viejo, ¿dónde estoy? ¿Para dónde me llevas?

Se detuvo. Guardo silencio unos segundos y después giró su cabeza en mi dirección, y pude apreciar su rostro cubierto con una capucha sucia que mostraba sólo sus ojos arrugados y oscuros.

— Ya obtendrás respuestas a todas sus dudas. Aguarda y protégete del sol.

Continuó su camino en silencio por varios kilómetros, ignorando completamente las preguntas de manera insistente que le hacía. No pude salir de aquel carro puesto que estaba atado de manos y pies a unas cadenas enlazadas a los fierros de los bordes de él. Forcejeé en vano por varios minutos hasta que la fatiga me impidió continuar y el estómago suplicó por un trozo de comida. No sabía cuanto tiempo había pasado desde que caí en aquel trance que creí era la muerte, o el limbo. El calor seguía quemando mi piel y por más que me cubrí con la lona sucia y deshilachada que encontré en un rincón del carro y el sujeto

probablemente dejó para mí ya no lograba soportar la alta temperatura que había en ese desierto. Estuve allí tapado por un lapso de media hora (tiempo estimado ya que mi reloj de pulsera no daba signos de vida) cuando el carro se detuvo. Me incorporé arrojando a un lado la lona y ví que habíamos llegado a una pequeña casa en medio de la nada, con paredes de ladrillos del color de la tierra que abundaba en ese lugar y un techo pajizo que debieron de haber traído desde muy lejos, pues no se veía ningún árbol ni planta viva en todo ese vasto desierto.

El sujeto liberó las cadenas que me ataban y me bajó con torpeza para después llevarme al interior de la casa. Mientras lo hacía pude percibir el olor putrefacto que emanaba de él, señal de que no se había tomado un baño en muchísimo tiempo. Después de arrojarme con violencia al piso del interior de esa pequeña morada se sentó frente a mi y se quedó plasmado mirándome a los ojos sin sacarse la capucha, como esperando que hiciera las preguntas de rigor que le intenté hacer por el camino. Cuando vió que no era capaz de emitir palabra alguna habló.

— Tu nombre.

Su mirada desafiante me incomodó, y al bajar la vista me percaté de lo que tenía, o en realidad flotaba sobre su mano. Era un simple trozo de metal puntiagudo con forma de flecha, que apuntaba directamente hacia mi pecho agitado y sudoroso. Intenté arrastrarme hacia atrás, pero al poco avanzar la pared a mis espaldas impidió que continuara mi intento de huida.

— ¡Tu nombre! —y el trozo de metal se acercó veloz hasta tocar el centro del pecho, hundiéndose amenazante sobre mis ropas—.

— Ben... Benjamin Soller.

El sujeto frunció el ceño e hincó más aún su arma contra mí. El dolor comenzó a aparecer acompañado del miedo.

— Pruébalo.

— ¿Qué? ¡Como quieres... qué quieres que compruebe! Ese es mi nombre.

— ¿Cómo se llama tu padre?

— ¿Conoces a mi padre? —pregunté, y la euforia menguó un poco el miedo de ese momento—.

— ¡Dime su nombre, o no dirás nada más en tu vida!

— John, John Soller.

— ¿Puedes controlar mejor que yo ese trozo de metal que tengo sobre tu pecho?

No le respondí, e intenté de inmediato alejar el arma de mí. Apliqué mi concentración al máximo para moverlo con la mente, pero apenas logré desplazarlo unos centímetros hacia atrás antes de que volviera a enterrarse en mi piel.

— ¡Maldición, no puedo! ¡Estoy muy cansado!

El sujeto guardó silencio unos segundos, para después dar un suspiro y junto con ello caer el trozo de metal oxidado inerte sobre mis piernas. Lo miré desconcertado, y comenzó a sacarse la capucha que le cubría el rostro mostrando a un hombre adulto, de pelo cano y largo al igual que su barba. Su piel, oscura y reseca mostraba el largo tiempo que llevaba a merced del sol implacable de ese lugar.

— Mi nombre es Zack, y soy discípulo de tu padre.